

LBRIS

We know
books

Manuela Sanda Băcăoanu

ENTRE LA TIERRA
Y EL CIELO
EN EL CAMINO
DE SANTIAGO

El Camino francés, 2012

LIBRIS

We know
books

*llamará, pero seguro que tendrá sabor a café, amor y misterio,
como corresponde a un libro arrancado de la vida, pasado por
el filtro del alma y devuelto a la gente para que lo disfrute.*

*Manuela Sanda Băcăoanu,
Una Moata de las montañas de Apuseni*

Índice

Palabra de adelanto para los lectores de habla hispana	7
Antes del Diario	9
EL DÍA 0 – 21-22 de JUNIO del 2012 O Como llegar al Camino con el tren...	12
EL DÍA 1 – 23.07.2012 SAINT JEAN PIED DE PORT – ESPINAL : 33.5 km.	35
Día 2 – 24.07.2012 Espinal – Larrasoaña: 19 kilómetros	46
Día 3 – 25.07.2013 Larrasoaña – Zariquegui – 26 kilómetros	56
Día 4 – 26.07.2012 Zariquegui – Villatuerta – 32 kilómetros	70
Día 5 – 27.07.2012 Villatuerta – Los Arcos – 26 kilómetros	84
Día 6 – 28.07.2012 Los Arcos – Logroño 28 kilómetros	92
Día 7 – 29.07.2012 Logroño – Azofra – 35 kilómetros	100

Octavo día – 30.07.2012 Azofra – Villamayor del Río 34 kilómetros	114
Día Nueve – 31.07.2012 Villamayor del Río – Villafranca Montes de Oca – 17 kilómetros	125
Décimo día – 01.08.2012 Villafranca Montes de Oca – Burgos 38 kilómetros	132
Undécimo día – 02.08.2012 Burgos – Hornillos del Camino 21,5 kilómetros	148
Día Doce – 03.08.2012 Hornillos del Camino – Itero de la Vega – 32 kilómetros	157
Decimotercer día – 04.08.2012 Itero de la Vega – Carrión de los Condes – 33 kilómetros	169
El decimocuarto día – 05.08.2012 Carrión de los Condes – Terradillos de los Templarios – 27 kilómetros	179
El decimoquinto día – 06.08.2012 Terradillos de los Templarios – El Burgo Ranero 31 kilómetros	187
Decimosexto día – 07.08.2012 El Burgo Ranero – Puente Villarente – 25 kilómetros	198
Día diecisiete – 08.08.2012 – Puente Villarente – Virgen del Camino – 19 kilómetros	206
Decimooctavo día – 09.08.2012 Virgen del Camino – San Justo de la Vega 36,5 kilómetros	219

El decimonoveno día – 10.08.2012 San Justo de la Vega – Manjarín – 36,5 kilómetros	231
El vigésimo día: 11.08.2012 Manjarín – Ponferrada – 22 kilómetros	254
El vigésimo primer día – 12.08.2012 Ponferrada – Vega de Valcarce – 40 kilómetros	271
El vigésimo segundo día- 13.08.2012 Vega de Valcarce – A Lagua de Castela – Villafranca del Bierzo — 9,5 kilómetros	289
Vigésimo tercer día 14.08.2012 – Villafranca del Bierzo – 0 kilómetros	304
Vigésimo cuarto día – 15.08.2012 – Villafranca del Bierzo – O Cebreiro – Triacastela 22 kilómetros	318
Día 25 – 16.08.2012 Triacastela – Portomarin 47 km	332
Vigésimo sexto día – 17.08.2012 Portomarin – Casanova 31 kilómetros	351
Vigésimo séptimo día – 18.08.2012 Casanova – O Pedrouzo: 43 kilómetros	366
Vigésimo octavo día – 19.08.2012 O Pedrouzo – Santiago de Compostela – 20 kilómetros	386
Vigésimo noveno día – 20.08.2012 Santiago de Compostela – Finisterre – Santiago de Compostela en autobús	400

Trigésimo día – 21.08.2012 Santiago de Compostela – Madrid – en tren	417
Trigésimo primer día – 22.08.2012 Madrid	426
Trigésimo segundo día – 23.08.2012 Madrid – Barcelona – en tren	433
Trigésimo tercer día – 24.08.2012 – Barcelona – Turín – en tren	448
Trigésimo cuarto día – 25.08.2012 – Turín – Cluj Napoca – en tren	453

O

Como llegar al Camino con el tren...

El tren empieza a moverse, mi marido me saluda, agitando su mano, y la estación se está alejando cada vez más rápido, desapareciendo en la noche...

¡Muy bien, listo, me voy! No importa cuántas dudas tenga, no puedo dar marcha atrás.

Salí para cumplir mi sueño, más bien mi obsesión, a saber, caminar „El Camino de Jacob”, Camino de Santiago, un viaje de 800 kilómetros a pie. ¿Seré capaz de enfrentar todos los desafíos que se me presenten? Eso está por verse... El hecho es que el paso más importante que di, es subirme al tren, con destino a Saint Jean Pied de Port, en Francia, cerca de la frontera con España. Tengo que tomar cinco trenes allí, así que a partir de ahora tengo mariposas en el estómago, pensando en los miles de kilómetros que voy a tomar en tren, antes de dar el primer paso en el famoso camino de Jacob. Espero llegar a Budapest a tiempo, aunque el tren llegó 30 minutos tarde a Cluj. Tengo un boleto de segunda clase, pero, por suerte, nadie se sienta a mi lado, y puedo echarme en los dos lugares... Cuando escucho una voz masculina pronunciando mí nombre:

— ¿Señora Manuela?

— Sí. Soy yo, respondo adormilada, dándome cuenta de inmediato de que estamos en Oradea, donde tengo que

coger un paquete, para llevarlo a un determinado albergue en España, a petición de otro peregrino (a quien sólo escuché por teléfono).

De hecho, el hombre vestido con el uniforme de los trabajadores ferroviarios me entrega un sobre grueso, y se puse a correr para bajar; el tren no se detiene demasiado tiempo y despega.

Tengo demasiado sueño para mirar lo que hay en el sobre, solo leo la nota enviada por mi peregrino colega, una sola frase que se imprime en mi retina, a saber: „¡No pierdas mi mapa!”

Se trataba de un mapa con una parte del Camino, desde Santiago de Compostela hasta Finistere, pero sobre eso más tarde...

Creo que debo algunas explicaciones, no todos en mi país saben que „albergue” significa en español „refugio de peregrinos”. Así, el Camino de Santiago se traduciría en el Camino de Santo Jacobo, que fue uno de los apóstoles de Jesús, un camino lleno de una gran carga energética y espiritual, atravesado por cientos de miles de peregrinos a lo largo de los siglos. En los últimos años, unos 200 mil peregrinos dan sus pasos cada año en el Camino Francés, como se llama el camino que he elegido seguir, porque comienza en Francia, como mencioné antes.

Hay varias rutas de peregrinación, todas conducen a Santiago de Compostela, pero ésta es la más concurrida, la mayoría de los peregrinos optan por seguirla. Para el futuro, tal vez elija el Camino Portugués, que sale de Lisboa, Camino del Norte, que parte de San Sebastián, o de Irún... ¿Quién sabe lo que me deparará el futuro? El caso es que ahora, en este momento (creo yo, bendecido), estoy en camino a Francia, y la emoción constante que hace de mi estómago una bola comienza a desvanecerse, a medida que

me he subido al tren y estamos recorriendo los primeros cien kilómetros.

Llego a tiempo a Budapest, donde hace bastante frío y nublado. Después de que logro averiguar de qué línea sale el tren hacia Múnich, me doy cuenta de que tengo casi dos horas libres, así que tomo mi mochila, que mi esposo me compró el día de San Jorge, así que la bautice con el mismo nombre: Jorge, y me voy a dar un pequeño paseo por las calles de Budapest, a través de lugares que he visto antes, pero no puedo aventurarme demasiado lejos, porque dos horas pasan bastante rápido. No creo que nada haya cambiado con respecto a hace unos años, cuando estuve allí con mi familia.

Empieza hacerse calor, me quito la mochila para poder quitarme la chaqueta, pero me doy cuenta de que ya no soy capaz de ponerla en mi espalda por mi cuenta... Hm... No tengo nada para apoyarla y cargármela de nuevo, así que le pido a un caballero que me ayude. No sabía inglés, al primer momento, no sabía lo que quería de él, tal vez podía venderle algo, pero cuando se dio cuenta de lo que quería, fue muy amable y me ayudó. Estoy empezando a preocuparme, cómo la voy a manejar, donde nadie va a estar cerca para ayudarme, creo que he puesto mucho en mi mochila, con determinación, Jorge necesita una cura urgente para adelgazar, de lo contrario no me veo bien en las próximas semanas. Pesa unos 12 kilos, de los cuales tiene que perder unos cuantos.

La verdad es que la pesé anoche antes de irme, dejé en casa algunas cosas „indispensables” para mí en el mundo civilizado, incluida la laca para el cabello. A partir de ahora, estoy estresada de cómo se va a ver mi cabello en el próximo mes, pero no hay nada que pueda hacer, es lo que hay, es el primer sacrificio que tengo que hacer. También saqué una bolsa de media libra de cacahuets y otras cosas que a primera

vista fueron muy útiles, pero al examinarlas más de cerca, sentí que podía prescindir de ellas.

Sin embargo, un lápiz labial y un par de pendientes, pensé que no colgarían demasiado de la balanza, así que los metí en mi equipaje, incluso con un vago sentimiento de culpa, que todavía puedo sentir cuando pienso que incluso tengo un perfume...

Bueno, voy a ver cuando sea el momento adecuado si vale la pena llevar algunas cosas más, o puedo deshacerme de ellas.

Quiero llegar al puente sobre el Danubio, pero me doy cuenta de que voy a tener que correr de vuelta a la estación si voy allí, porque son unos cuantos kilómetros. Decido ir 45 minutos en esa dirección y luego dar la vuelta, para no llegar a tener emociones de que voy a perder el tren.

Budapest es una ciudad hermosa, llena de edificios imponentes, construida en los siglos pasados, y no puedo evitar pensar que si miras a Cluj con un ojo de turista, encontrarás los mismos edificios y el mismo aire medieval, donde se le ha permitido que conserve.

Han pasado 45 minutos, así que voy a volver en un paso rápido a la estación. Aunque faltan casi 40 minutos para que el tren salga hacia Múnich, se encuentra parado cerca del andén, y también está lleno en la parte superior. Tengo curiosidad por saber qué pensaría mi marido al respecto, que suele llegar a la estación un máximo de dos minutos antes de la salida. Generalmente, cuando van en el viaje en tren, la gente es cautelosa, dejando tiempo suficiente para subir y encontrar sus asientos.

Está muy concurrido, casi todos los asientos están ocupados. Aquellos que aún no han llegado a sus asientos se dirigen tranquilamente hacia ellos, algunos tirando de equipajes enormes, del tamaño de un armario. Me pregunto

qué puedan llevar tanto con ellos, pero por otro lado miro a mi Jorge, el de unos 12 kg, y creo que los demás viajeros ni siquiera tienen que llevar en la espalda el equipaje a la que se engancharon, durante más de 800 kilómetros, como yo...

Encuentro mi asiento, pero veo que no está en la ventana, como el de la ventana tampoco está ocupado, me siento, con la vana esperanza de que nadie me moleste, al menos por un tiempo. A mi lado se sienta un asiático, sin hacer ninguna reivindicación por el sitio donde estoy sentada, así que me acurruco felizmente, y en el casi inexistente ruido de las ruedas del tren (¡no faltan las ruedas, sino el ruido que deberían hacer!-como ocurre en los trenes de mi país) salgo de Budapest sin desventuras, en la comodidad de un viaje bien planificado. Al menos, eso es lo que pensé en ese minuto...

El tren corre, corre, el destino de Múnich parece bastante distante a esta hora, pero los paisajes se siguen sin problemas, así como mi viaje en el tren, que puede parecerse con el torso de un gato en la boca de la estufa, en un día monótono de invierno. Casi me duermo en este estado de bienestar y paz, con el sonido calmante de los vagones que se deslizan suavemente sobre los rieles, cuando llegamos a una estación más grande...

Casi todos se bajan del tren, y estoy pensando que, por ahora, solo nos quedaremos unos pocos. Justo cuando estaba teniendo este pensamiento, una multitud de pasajeros sube, ocupando todos los asientos vacíos restantes, en el orden más perfecto. El asiático sentado a mi lado también bajó las escaleras, y una señora bastante sofisticada apareció en su lugar, dándome la impresión de que su asiento era el que había disfrutado hasta ese momento. Se lo cedo con una sonrisa, de todos modos me alegro de que me quedé en la ventana por un tiempo.

Me levanto para dar unos pasos, y noto al final del vagón monitores que muestran información diversa, incluida la velocidad instantánea del tren, que es de alrededor de 200 kilómetros / hora. Vengo de Rumanía, donde la velocidad de los trenes es como todo el mundo la conoce, en conclusión, estoy realmente entusiasmada con el hecho de que el transporte en tren puede ser rápido, conveniente y muy agradable.

Las estaciones de tren más pequeñas o más grandes se acercan y desaparecen en la distancia, en algunas el tren se detiene para dejar pasajeros y, como un dragón en la historia, para „tragarse” a otros, todos preocupados por el final de su viaje por un lado, pero también por pasar el tiempo del viaje de una manera agradable.

Todavía tengo un par de horas de viaje, o incluso menos, cuando el paisaje se convierte en un cuento de hadas... Subimos y descendemos entre las montañas no demasiado altas, con bosques de abetos y pinos, con amplios claros, en los que aparecen casas de cuento de hadas.

Parece como si estuvieran plantados allí solo para el deleite de los espectadores. Veo casas rodeadas de flores, de las que parece que estás esperando a que aparezcan los enanitos y la Blanca Nieves. Lo que me llama la atención, realmente no hay muchas vallas. Solo pequeños setos, de medio metro de altura, muestran que hasta allí arriba se extiende la propiedad.

O aún más bellamente, en el campo, casas sin valla, llenas de flores, que parecen incluirnos a nosotros, los que serpentean en tren a su alrededor, en su propio aura, que se estira y nos abraza con un velo mágico de deleite. Pasamos por una lluvia torrencial, se nota que la temperatura ha bajado bastante, ya que la gente en los andenes de las estaciones está vestida más grueso.

Con un sonido victorioso, finalmente entramos en Múnich. La estación de tren se acerca rápidamente, y el „dragón” que se tragó tantos pasajeros, ahora se relaja y los „escupe” sin ningún arrepentimiento, con la sensación de lo correcto y a tiempo hecho. Justo a tiempo, el tren llegó a la estación a las 6:40 p.m.

También me bajo, tratando de acostumbrarme al peso de Jorge, pronto me pierdo entre la multitud que se desborda del vientre de nuestro tren y del vientre de otros trenes, que llegaron casi al mismo tiempo que nosotros. La estación de tren es enorme, más grande que el aeropuerto de Cluj, pero mucho más concurrida.

Subo unas escaleras, donde están las salas de espera, para tener una visión general. La multitud en movimiento te aturde si lo miras durante mucho tiempo, como si fuera un mar antes de la tormenta. Decido salir de la estación de tren, el siguiente tren, a París, es solo a las 10 de la noche, así que tengo algo de tiempo que „perder” por aquí.

Tengo que vestirme más grueso, hace bastante frío afuera y está goteando. Estoy pensando que tal vez encuentre mi inyección de emergencia contra el veneno de abeja, el año pasado descubrí que me había vuelto alérgica. Llevo las farmacias alrededor de la estación en fila, pero no hay ningún hallazgo de lo que estoy buscando. Muy amable, los farmacéuticos me dicen que pueden ordenar el lunes o el martes, pero desafortunadamente (¿o afortunadamente?) no estaré en Múnich entonces...

Después de buscar en 3-4 farmacias, me aburro y pienso que tal vez no me van a picar las abejas en las remotas tierras de España... De hecho, no estoy muy segura de esto, porque una compañera de camino de Cluj, nos contó con gran detalle cómo tuvo el „placer” de ser picada ni más ni menos

de 12 abejas, qué pasa, esto sucedió en un día en el que accidentalmente había abandonado la carretera marcada...

Me armo de coraje y esperanza de que no me pasara lo mismo, y voy a ver una pequeña parte de la ciudad, al menos hasta que oscurece y tengo que volver a la estación de tren. Camino por calles concurridas, luego me pongo a una zona comercial, un bulevar peatonal, que tiene a ambos lados grandes tiendas que invitan a cruzar sus umbrales. Estuve en esta zona hace unos años, con mi esposo, Stefan, cuando regresamos de Italia. El clima es más o menos el mismo que entonces, es todo el comienzo del fin de semana, y la multitud que quiere salir a relajarse, me parece más o menos la misma.

Siento que estoy un poco cansada, decido volver a la estación de tren, la lluvia comienza a molestarme con su tela fina y fría, así que pierdo el ánimo para dar un paseo. Me queda más de una hora hasta que salga el tren que me llevará a París, pero encontraré algo que hacer para entonces...

De hecho, la sala de espera en la que acabo de entrar, está bastante animada. Los viajeros van y vienen, tratando de molestarse lo menos posible. Encuentro un lugar al lado de una señora, una mujer francesa que tiene un pequeño amigo cuadrúpedo, que, en primer lugar, trata de defender su territorio.

Y me ladra sin parar. La dueña lo tranquiliza, y después de unos minutos somos buenos amigos, incluso salta en mis brazos. Creo que los niños y los animales sienten instintivamente a quién le gusta y a quién no, comportándose como tal. En los asientos frente a mí se sienta una madre de ascendencia africana, con tres hijos.

Es joven, está bien vestida y sus tres hijos son como unos caramelos. La mayor es una niña de unos 5 años, sigue un niño de unos 3-4 años y otro niño de un año, gordito, que la madre

lo lleva en una especie de bufanda en la espalda. Cuando se sienta, ella tira de la bufanda hacia delante, liberando al niño de cara redondita y sonriente.

Probablemente esperamos el mismo tren. Están hablando francés. Cariñosa, la madre les da a los niños a comer, a beber, y están muy bien formados. Cuidadosa, la madre les da a los niños a comer, a beber, y están muy obedientes. No se le oyen la boquita, no ponen caras y se sientan en silencio en el banco. Sin querer, mi pensamiento vuela hacia algunas familias de mi país, cuales viajarían con tres niños y harían saltar por el aire toda la sala de espera con sus gritos, cada uno queriendo otra cosa.

La buena educación se aprende en los primeros años de vida, no en vano se les llama: „los siete años en casa” cuales, en nuestro país se convirtieron en seis, siendo inexistentes en muchos casos.

Por fin, nuestro tren está anunciado, así que nos levantamos para salir al andén. Primera se va la mujer francesa, llevando muchas maletas, empujan a algunas de ellas, otras las tiran, pero no me deja ayudarla cuando me ofrezco, así que la dejo en la voluntad de Dios, yendo a mi vagón de tren. Estoy muy contenta porque voy a tener mi camarote, es mucho más cómodo que viajar en la segunda clase, según mi opinión. Me parece interesante que, en el momento en que compré el billete de tren quedaba solo uno para viajar en camarote y costaba igual que el de segunda clase.

Pero ahora mi misterio ha sido resuelto, los otros cinco lugares eran ocupados por cinco asiáticos, cuatro hombres y una mujer, que tenían unas maletas enormes y los metían en todos los sitios. La mujer parecía la jefa y estaba coordinando la operación para arreglar el equipaje. Han acabado en tiempo record y luego se instaló un silencio absoluto en el compartimiento.

Llevé mi mochila a la cama conmigo, por precaución, pero también porque no había otro lugar para ponerla. Antes de que me vaya en el mundo del sueño, me acuerdo con alegría la primera „brisa” que el Camino me mando hace cinco años, en un club de Silva (Silva es un método para reprogramar el subconsciente) un hombre y una mujer (no me acuerdo sus nombres, puede que nunca los supe) acababan de regresar del Camino de Santiago y nos contaron algunas de sus experiencias.

Oía por la primera vez sobre este peregrinaje, pero simplemente, me quedé encantada y en ese momento mágico, prometí que iría por este camino.

Mientras escuchaba sus historias sobre el Camino de Santiago, veía con los ojos de mi mente, mas me imaginaba, un camino bordeado por muros de piedra, veía los peregrinos ce andaban a través del viento y la lluvia para llegar a un pequeño refugio igual hecho de piedra, y a lo lejos había castillos con damiselas, que habían pasado su juventud detrás de los fríos muros de piedra...

En mi sueño con los ojos abiertos había una vegetación muy árida, muchas colinas y un cielo de color plomizo...

De donde me vinieron a la mente estas imágenes, no podría decir, no puedo esperar a ver si al menos es algo cierto, de todo esto...

En ese momento no sabía absolutamente nada, no se me quedó ni de dónde empieza ni como se llega allá, simplemente me prometí a mi misma que haré ese Camino, y mi subconsciente aliado con el Universo, han hecho el resto.

Mucho tiempo ni pensé en ese tema, pero la semilla ya era sembrada, y mientras tanto había salido, crecido y ha dado sus frutos... Ese verdad que duró cinco años, pero en el momento

que de verdad decidí hacerlo, todo se arregló como por arte de magia y lo imposible se ha hecho posible.

El cansancio de la segunda noche pasada en el tren me envuelve, así que me quedo dormida bastante rápido, pensando en las grandes aventuras que me esperan...

Sin darme cuenta, ya es de madrugada y hemos llegado en Francia. Verdes paisajes desfilan con rapidez delante de mis ojos, los pueblitos parecen recortados de revistas antiguas, se acercan y desaparecen con la misma velocidad, todo se despliega como en una película, y antes de que me despierte bien, me doy cuenta de que sería bueno preparar mi maleta e ir más cerca de la puerta del vagón, para bajarme primera. Entre los dos trenes solo tengo una hora a mi disposición, debo cambiar y la estación, cosa que, según las informaciones recogidas del internet, tardaría 25 minutos. Me quedan unos 15 minutos hasta llegar a París, solo que nada de lo que estoy viendo no parece confirmar esto. La sospecha que tenía se convierte en certeza, mi tren llegará tarde.

¡NO PUEDE RETRASARSE, porque perderé el tren hacía Bayona!

Empiezo a agitarme, pero me doy cuenta de que no tiene sentido. A mi lado hay dos caballeros entre dos edades que hablan francés. Les pregunto cómo puedo llegar más rápido a la estación Montparnasse. Uno de los dos me regala un billete de metro para no perder más tiempo para comprarlo, explicándome en detalle cómo puedo llegar en Montparnasse. Es un camino bastante largo, además del metro también hay una cinta transportadora muy larga. Me pregunta a dónde voy, y cuando le hablo del Camino, se le ilumina la cara y me dice que lo ha hecho y él hace unos años. Me aconseja intentar coger el tren, a pesar de que el retraso es de 35 minutos. Solo un milagro puede ayudarme a coger el próximo tren.

Le agradezco al francés, bajo tan rápido como puedo y empiezo a correr hacia el metro, con mi mochila pesada, Jorge, colgando en mi espalda. No espero mucho, llega rápido y al subir veo en los mapas que debo viajar unas 7 paradas...

Es que hay que acostumbrarme con la idea de que no me dará tiempo a coger el próximo tren, pero no me doy por vencida, bajo del metro y llego a la larga cinta transportadora. Por suerte, aquí todo el mundo por muy buena educación está al lado derecho de la cinta, así que hay sitio para los que tienen prisa. No bajo el ritmo, sigo corriendo, pidiendo perdón a los que esperan pacientes que la cinta los lleve a su propio ritmo, hasta el final.

Con mis últimas fuerzas me separo de la cinta transportadora y continúo corriendo hacia la estación. Veo en uno de las paredes un reloj, mi tren el tren debe haber salido hace 2 minutos...a pesar de esto no me paro, subo en la planta de donde debería haberse salido...se me olvidé contaros que la estación tiene unas tres plantas...esta para confundirme aún más...

Y, de hecho, el tren se ha ido. Aquí los trenes se van a hora en punto, a pesar de que pueden retrasarse en sus llegadas. Respiro hondo dos veces para recuperarme, después me dirijo hacia la taquilla, para ver qué posibilidades tengo de llegar a Saint Jean Pied de Port hoy. Después de esperar tranquila en la fila a que llegue mi turno y el sudor que fluía de mis niveles superiores a mis niveles inferiores ha parrado, llegue delante de un mostrador aservido de una señora redondita, que no parece estar de muy buen humor. Con toda la calma de la que soy capaz, le explico la situación mostrándole los billetes que ya no puedo usar por el retraso del tren.

Con mi corazón tan grande como una pulga, estoy esperando que me dé una respuesta como „tienes un tren